Este texto reflexiona sobre el despliegue de la interactividad posibilitado por la irrupción tecnológica. Plantea que la misma requiere de un aprendizaje. Esto es: el intercambio no se garantiza con la prédica ni con la incorporación de tecnologías, y darlo por sentado es incurrir en la idealización.

EN TORNO A VIEJOS Y NUEVOS IDEALES DE INTERACTIVIDAD [1]

Desde una lectura comunicacional de la educación a distancia, la insistencia en nuestros días en la interactividad aparece como necesaria contrapartida a una mirada que durante décadas se centró en la trampa de la unidireccionalidad de los materiales, de la palabra del docente, del discurso educativo, de los controles que tendían a acentuar la pasividad de los estudiantes-receptores.

Para romper con tal unidireccionalidad comenzó a insistirse, ya desde la década del 40, en especial con hombres de la talla de Norber Wiener, en la retroalimentación, en el retorno que podía producirse desde el polo receptor al emisor.

En nuestro contexto latinoamericano, quien lanzó una propuesta en esa línea, dentro del terreno de la comunicación, fue el venezolano Antonio Pasquali, que publicó en 1964 un libro revolucionario para la época: *Comunicación y cultura de masas*. Un momento clave del mismo dice: “En este nivel inter-racional comunicación definirá el intercambio de mensajes con posibilidades de retorno no-mecánico entre polos igualmente dotados del máximo de coeficiente de comunicabilidad (R-T), e información, el envío de mensajes sin posibilidad de retorno no mecánico entre un polo T y un polo R periférico y puramente aferente”.

La división entre comunicación e información hizo escuela y todavía hoy se la utiliza en no pocos contextos.

En 1978 publiqué en México el libro *Discurso autoritario y comunicación alternativa*. Me preocupaba, y me preocupa aún hoy, la apuesta al retorno, a la retroalimentación, como fórmula mágica para lograr la comunicación y, más aún, la comunicabilidad. Decía entonces: “No es solamente la posibilidad del retorno lo que funda la comunicabilidad, es también la *calidad de dicho retorno*, entendiendo por ella, en primer lugar, la manera en que el receptor, al volverse emisor, se hace presente en quien le envió el mensaje. Y segundo, la forma en que se comparte una experiencia. Tercero, la participación activa en un compromiso común. (...). El coeficiente de comunicabilidad depende del modo en que cada uno de los integrantes del proceso evalúa a los otros y se autoevalúa”.

El llegar al otro con mi palabra nunca fue suficiente, y mucho menos en el terreno de la educación; lo que da sentido al retorno es su calidad, su riqueza, precisamente, de sentido humano.

Insisto en mi afirmación: durante más de siete décadas nos debatimos en contra del modelo unidireccional, desde los argumentos a la altura de la primera gran guerra: los medios, los diarios, provocaron la contienda, hasta los vertidos en torno a la propaganda nazi durante la segunda gran guerra, y el remate de ese tipo de lógica en la crítica a la publicidad y a la manipulación de masas.

Los intentos de romper ese esquema venían casi siempre del lado de la recuperación de las relaciones interpersonales, cara a cara. Se planteaba que sólo en la interacción directa es posible lograr una verdadera comunicación.

Pues bien, vivimos en nuestros días la inversión total: los nuevos medios, las tecnologías en todas sus posibilidades, permiten como nunca en la historia del hombre la interactividad a escala planetaria. Asistimos, en el terreno de la educación a distancia, a un verdadero estallido de la interactividad: con las tecnologías, con los materiales, con la red, con el tutor, con otros estudiantes, con otros seres especialistas en los temas trabajados.

Se viene produciendo también la ilusión de la interactividad: las personas interactúan si aplauden, si juegan a actuar en los estudios televisivos, si llaman por teléfono, si votan alguna propuesta mediática, si oprimen un botón, si eligen un casillero para ganarse un millón de pesos... Cuando todo se viste de interactividad, de participación, algo sucede. “Dime de qué alardeas, dicen los amigos centroamericanos, y te diré de qué careces”.

Pero hay más: la interactividad en la educación a distancia aparece como un paradigma desde el cual será posible, en muchos establecimientos, transformar, redimir los viejos moldes de la educación presencial. Porque aún en el cara a cara de esta última se han vivido, y se viven, situaciones de lejanía, ausencia de retorno y mínima interactividad.

Las tecnologías de la información y de la comunicación interpelan con fuerza a la modalidad presencial. Gracias a ellas se desmorona el todopoder del educador, caen los textos alzados como palabra sin contradicciones, se abren alternativas para el aprendizaje colaborativo, para las comunidades de aprendizaje a una escala no soñada hace apenas dos décadas.

El siglo abierto a la sombra del todo poder de los medios, de la influencia sin mediaciones en masas obedientes, se cerró con un canto a la interactividad y a la iniciativa de individuos y grupos, a la libertad de elegir caminos para el aprendizaje, a la ruptura de viejos moldes en las maneras de enseñar y de aprender. Ninguna casualidad en todo esto. El viraje fue preparado por una revolución tecnológica y por incansables búsquedas en el conocimiento de lo que significa aprender. Un ejemplo, a mi entender, histórico: cuando Seymour Papper

comprendió que la inteligencia artificial no le alcanzaba (por allá por el 76), fue a abrevar conocimientos en la fuente de Piaget y pudo incorporar a su sistema LOGO los fundamentos y las experiencias de la epistemología genética.

Me corresponde en este panel referirme a la interactividad en relación con la tutoría y la evaluación. Para ambas es necesario reconocer distintas modalidades, algunas de las cuales no se enmarcan en ideales de interactividad aunque insisten en la existencia de ésta.

Peré Marquis, de la Universidad Autónoma de Barcelona, reconoce programas tutoriales directivos que controlan toda la actividad del estudiante, con computadoras casi en calidad de juez; y programas no directivos, en los cuales la computadora se ofrece como laboratorio y centro de recursos a disposición de la iniciativa del estudiante. En los primeros se corrigen errores continuamente y pesa mucho la noción de fracaso. En los segundos la base es cognoscitivista y se potencian aprendizajes por exploración.

Otras clasificaciones del autor: tutoriales de ejercitación, tutoriales lineales consistentes en secuencias de información o de prácticas; tutoriales ramificados, organizados según niveles de dificultad; entornos tutoriales con recursos de búsqueda para solución de problemas, y sistemas tutoriales expertos, que reproducen un diálogo auténtico entre el programa y el estudiante.

¿Cuál es el alcance a escala internacional de tales recursos? Si uno abre algunos motores de búsqueda, por ejemplo Yahoo y Altavista, encuentra más de tres millones de sitios que responden a la palabra “tutorial”. No hemos recorrido semejante universo, pero es posible encontrar en él una no despreciable proporción de tutoriales de ejercitación, ramificados y de distintos niveles de dificultad. Al parecer hay una tendencia a masificar estos productos, por la demanda y la facilidad con que se los puede trabajar.

Los entornos tutoriales y los sistemas expertos conllevan mayor dificultad, tanto para la preparación como para el seguimiento. Es más manejable, sobre todo si se logra incluir el producto en el mercado, un sistema que ofrece materiales autosuficientes, con los cuales la interacción se reduce a una persona sola frente al programa que va siendo dirigida por éste. A mayor libertad, a mayor búsqueda de aprendizajes con más significación, con un rico despliegue de interacción, mayor necesidad de pensar en el seguimiento, el aprendizaje colaborativo, la auto, la co y la hétero evaluación.

Hay, por lo tanto, tutorías y tutorías; hay interactividades e interactividades. Y bien, en todo esto ¿dónde está el tutor? ¿Dónde esa figura de larga data en el ámbito de la educación a distancia? ¿En qué lugar situarlo en el juego de tutoriales desplegado por Marquís? ¿En qué momento se volvió nuestro tutor interactivo? ¿Apenas en los últimos 15 años del siglo pasado y gracias a las tecnologías?

En 1989 me tocó coordinar un taller de facilitadores en el Instituto Costarricense de Educación Radiofónica, ICER, en el que participaron miembros de esa institución y de sus organizaciones hermanas, el IGER, por Guatemala, y el IHER, por Honduras. Me detengo ahora en el caso de Guatemala, donde personas apenas egresadas de programas de alfabetización se convertían en tutores (ellos se llamaban a sí mismos orientadores) de otros vecinos en comunidades indígenas de ese tan hermoso y sufrido país. Si algo me tocó reconocer entonces fue una riqueza sin márgenes de interactividad. Era gente que ponía toda su cultura en juego, toda su forma de vida comunitaria, todo su ingenio (que era mucho), al servicio de su labor.

De aquella reunión surgió una propuesta de capacitación de los tutores, expresada en estos puntos:

1. Principios filosóficos y metodológicos del sistema.
2. Caracterización del adulto como estudiante a distancia.
3. Técnicas de trabajo grupal.
4. Técnicas de aprendizaje.
5. Sistemas de evaluación y validación.
6. Proyección comunitaria.
7. Elaboración y uso de materiales didácticos.

Se apuntaba entonces a un ideal de formación orientada hacia un ideal de formador. En lo personal no he dejado de trabajar desde esos años en la búsqueda de ese perfil y en su concreción en experiencias educativas. En 1991 publicamos con Francisco Gutiérrez Pérez el libro *La mediación pedagógica, apuntes para una educación a distancia alternativa*, en el que planteamos las siguientes características del asesor pedagógico: posee una clara concepción del aprendizaje, establece relaciones empáticas con sus interlocutores, siente lo alternativo, constituye una fuerte instancia de personalización, domina el contenido y facilita la construcción de conocimientos. En cuanto a sus funciones: seguimiento del proceso, reuniones grupales, establecimiento de redes, retroalimentación, evaluación y memoria del proceso.

En 1993 publicamos también en coautoría el libro *La mediación pedagógica para la educación popular*, en el que planteamos la figura del educador pedagogo caracterizada por: su pasión pedagógica, su capacidad de crear ambientes pedagógicos, de moverse en el umbral pedagógico, su madurez pedagógica, su manejo de la información, su capacidad de ofrecer certidumbre pedagógica y su calidad de mediador.

En 1994 publiqué en nuestra universidad de Cuyo *Educar con sentido, apuntes sobre el aprendizaje*, en el que exploré otras líneas de ese perfil: la capacidad narrativa, la capacidad de moverse de lo cercano a lo lejano, el compromiso de claridad y la escucha.

En fin, en 1999 fue editado el texto *La comunicación en la educación*, en el cual la referencia es a un ser de quien se aprende: se aprende de un educador cuyo método de relación se fundamenta en la personalización. Se aprende de un educador capaz de comunicar de manera clara la información. Se aprende de un educador entusiasta por su materia. Se aprende de un educador apasionado por el conocimiento. Se aprende de un educador sensible a las variaciones del contexto, informado no sólo de lo suyo, sino también, y fundamentalmente, de las circunstancias en que se mueven los jóvenes, de los sucesos cotidianos a escala nacional e internacional. Se aprende de un educador persuadido de que ningún espacio temático está cerrado. Se aprende de un educador con fuerza, capacidad y voluntad de aprendizaje. Se aprende de un educador con voluntad de comunicación.

He incluido esas referencias para ilustrar un camino personal hacia el perfil del tutor-educador. Cada una de ellas tiene como base la interactividad. Pero el esfuerzo por lograr la interactividad fue mucho más amplio, constituye una vieja aspiración de la educación a distancia y no es casual que Beatriz Fainholc nos haya entregado en 1999 un libro dedicado en totalidad a este tema.

Veamos ahora notas que se piden desde los ambientes tecnológicos a esta figura del tutor, tomando en cuenta las posibilidades abiertas para interacciones de uno a uno, de uno a muchos y de muchos a muchos.

Estamos frente a un facilitador de la interacción que se maneja con una riqueza de medios tecnológicos, utiliza el lenguaje de manera habilidosa, da respuestas a tiempo, organiza experiencias de aprendizaje, crea relaciones y promueve comunidad, formula preguntas en vez de suministrar respuestas, tiene una conducta positiva para promover el aprendizaje, asume una actitud mediadora que comunica la certeza de que es posible dirigir el propio aprendizaje, propone códigos de respeto, utiliza técnicas reflexivas y la memoria grupal para orientar aprendizajes, emplea métodos efectivos para realizar presentaciones verbales y no verbales, posee destrezas de relación interpersonal; de tutor solitario pasa a constituirse en miembro de un equipo.

¿Dónde queda, en un perfil semejante (me refiero a todas las notas vertidas en este texto) la evaluación? Digamos en primer lugar que un tutor así perfilado puede funcionar si está inserto en un proyecto y en una institución que lo cobija y lo impulsa a desplegar su práctica de esa manera. Por lo tanto, proyecto e institución capaces de reconocer una evaluación que permita autocorregir la acción educativa en forma continua, que se extienda a lo largo de todo el proceso educativo, que implique a todo el sistema y a cada agente, que permita regular y orientar los procesos educativos, que se articule en un marco de valores más plurales que los exclusivamente académicos, que tenga un carácter integrado y coherente para recuperar objetivos académicos y adquisición de valores y actitudes, que sea responsabilidad de docentes y estudiantes, que se oriente a capacidades y no sólo a conductas, que oriente tanto al alumno como al proceso, que recoja datos no sólo sobre el estudiante, sino otros aspectos: actualización del

profesor, metodología, recursos, actividades. He tomado estas notas del curso de reconversión de docentes del Instituto Tecnológico de Monterrey.

Una evaluación, en definitiva, sólo posible en el espacio de una interacción, de un aprendizaje colaborativo, de un proyecto o institución no signados por la desconfianza y las descalificaciones mutuas, por formas de autoritarismo, por la ausencia o la pobreza de un proyecto pedagógico.

¿Existen esos tutores así perfilados? ¿Existen ámbitos para tal evaluación? Sin duda sí, aunque estamos en proceso de construcción de unos y otros. Construcción individual y grupal, construcción de otras formas de ver la educación desde la institución toda. Tarea que no se improvisa. Si algo hemos aprendido es a reconocer la lentitud de las transformaciones sociales en general y educativas en particular.

Hay un aprendizaje de la interactividad que no se resuelve con la prédica de la misma ni con la mera incorporación de tecnologías. También en nuestro campo podemos caer en la trampa de la ilusión de interactividad.

Quiero terminar esta presentación con una referencia a la práctica de la tutoría (nosotros hablamos de asesoría pedagógica) que venimos viviendo con un grupo de colegas en la Carrera de Postgrado de Especialización en Docencia Universitaria, dictada en nuestra Universidad de Cuyo desde 1995, con un egreso a junio próximo de alrededor de 700 personas.

No me extenderé en las características del sistema. Menciono sólo estos puntos: reflexión y relación respetuosa con la propia práctica, aprender como quisiéramos que se enseñara, clima de confianza y de reconocimiento mutuo, construcción intelectual a través de la producción del texto paralelo, apropiación de la institución como una totalidad, interacción interdisciplinaria, textos base mediados pedagógicamente, alta personalización del texto paralelo, evaluación de adultos entre adultos.

Tampoco me extenderé en una descripción del trabajo de asesoría pedagógica. Diré solamente que no hay nada más hermoso que actuar de asesor en medio de un proceso que retoma y continúa la construcción de seres humanos como intelectuales y como educadores. Construcción que, practicada en solitario, siempre tiene límites. Por eso la interactividad vivida en nuestra experiencia, el alto grado de comunicabilidad.

En proceso semejante, la evaluación deja de funcionar como un recurso para acreditar el logro de algunos objetivos y pasa a constituirse en un elemento natural de todas las prácticas de aprendizaje. Evaluarse durante la propia construcción con conciencia de esta última no es lo mismo que tratar de zafar para conseguir alguna nota. Se produce una resignificación de la evaluación, vivida como una manera de crecer, al margen de controles y de posibles sanciones.

Retomo el comienzo de este texto: la interacción pensada, vivida, desde la comunicación. Comunicación para construir y para construirse. Y no para destruir, para mentir, para violentar, para trivializar, para reducir la riqueza de los seres humanos a una pocas, miserables notas repetidas al infinito.

Comunicación para construir y construirse. Porque en educación cobra todo el sentido una expresión de don Simón Rodríguez, que resulta clave para comprender la interacción:

Los hombres no están en el mundo para entredestruirse, sino para entreayudarse.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, Mayo del 2000

Bibliografía

Álvarez Gómez, Miguel. *Educación a distancia. ¿Para qué y cómo?* México, Universidad Autónoma de Tamaulipas, 1996.

Fainholc, Beatriz. *La interactividad en la educación a distancia*, Buenos Aires, Paidós, 1999.

Fainholc, Beatriz. "Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación: la producción de material didáctico en hipertexto para la capacitación de los profesores en tecnología educativa", en *Acerca de la distancia*, Buenos Aires, RUEDA, 1999.

Marturet, María Margarita. *Educación a distancia, evaluación de materiales,* Buenos Aires, Marymar, 1999.

Maya Betancourt, Arnobio. *Orientaciones básicas sobre la educación a distancia y la función tutorial*, San José de Costa Rica, UNESCO, 1993.

Mena, Marta, "Educación presencial y a distancia: ¿competencia o cooperación?", Buenos Aires, Temas y Propuestas, Secretaría Pedagógica Facultad de Ciencias Económicas, UBA, N. 6.

Morales Francisco y otros. "Un enfoque de la inteligencia artificial distribuida para sistemas tutoriales inteligentes", en *Soluciones avanzadas*, N. 38, Cuba, Universidad de La Habana, octubre de 1996.

Prieto Castillo, Daniel. *La comunicación en la educación*, Buenos Aires, La Crujía, 1999.

RUEDA. *Acerca de la distancia*, Buenos Aires, 1999.

Serafina, Fabiola y López de Pérez, Gloria. "Las tutorías en el nivel de grado universitario", en *Acerca de la distancia*, Buenos Aires, RUEDA, 1999.

Tiffin, John y Rajasingham, Lalita. *En busca de la clase virtual. La educación en la sociedad de la información*, Buenos Aires, Paidós, 1997.

[1] Red Universitaria de Educación a Distancia, Universidad Nacional de Cuyo. Panel sobre Educación a Distancia e Interactividad, 18 de mayo del 2000.